

Caza de Sciervo
Antología personal
(1998-2012)

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

OLIVERIO ARREOLA

Caza de Sciervo

Antología personal (1998-2012)

Prólogo

EDUARDO LANGAGNE

FOeM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Caza de Sciervo

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Oliverio Arreola Ceballos

ISBN: 978-607-495-352-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/66/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

PRÓLOGO

Oliverio Arreola ha titulado *Caza de Sciervo* a esta compilación de poesía suya escrita en un poco más de tres lustros, desde 1998 hasta 2012. Son poemas de sus primeros encuentros creativos con este género literario, que tiene la agradable fortuna de localizar siempre nuevos adeptos, hasta una reciente actualidad que denota su arraigo en el oficio.

Desde el título común, el poeta ya propone una posible ruta lectora para quienes se acerquen al volumen. Los títulos buscan abarcar de manera cálida y oferente los contenidos expresivos. En sus propias palabras, Arreola sugiere que el título se dará “por la alusión a ciertos libros: *Pasión de caza* y *Cacerías* y un poco por *Mar adentro*”.

“Además [sugiere] por ciertos temas que he notado que se repiten. Ciervo o Siervo finalmente aluden a un tema, alegoría amorosa también de caza y casa, como lo es el interior de uno mismo”.

Y es cierto que los temas de la poesía suelen repetirse, no sólo en el caso de un poeta que reúne su obra en un primer sosiego que le permite una valoración, sino en el propio ejercicio del poema, así, en su potencial más abierto. La temática, en fin, de la poesía, con su inmenso arcoíris de tendencias formales, suele resumirse en tres asuntos abarcadores, las tres heridas que ya cantó el poeta español Miguel Hernández: la del amor, la de la muerte, la de la vida...

Caza de Sciervo es un conjunto de poemas escritos durante estos primeros años de ejercer el oficio con cuidadosa expresión y permanente búsqueda; en cada momento, los textos

poéticos fueron reunidos bajo diversos títulos compilatorios: en este volumen quedan presentados en secciones. Una primera parte, denominada *Las otras caras del rostro*, fue publicada en 1998; la recopilación incluye, como un segundo apartado que se ordena cronológicamente, *Pasión de caza*, publicado en 2003, en los primeros años de este siglo que ha avanzado velozmente.

Sobre el aspecto del cambio de siglo y de milenio, existen numerosas reflexiones de carácter estético que analizan si el dato temporal produce nuevas corrientes en la creación artística o si solamente se trata de una arbitrariedad del ser humano para intentar ordenar el tiempo que le toca vivir o referenciar. Una pregunta nacida de ese cambio del calendario planteaba si al testimoniar esa cuenta pueden percibirse transformaciones en la creación artística. Vale la pena constatar que el cambio del siglo XIX al XX tuvo entre los pensadores de aquel tiempo una especulación similar.

Oliverio Arreola añade como tercera sección de su volumen compilatorio un grupo de poemas de ese mismo año de 2003, bajo el título colectivo de *Nostalgia de Troya*, y ha coleccionado además *Mar adentro* de 2012 y otros conjuntos de poemas que en este volumen concurren como libros brevísimos o secciones de un libro de mayor extensión, abrigados bajo los títulos “El mar vencido”, “Cuatro textos familiares”, “Cacerías” y “Libro de Jonás”, para sumarse a la lectura cohesionada de esta *Caza de Sciervo*.

Todos los esfuerzos por resguardar bajo un solo título las series o conjuntos de poemas nos permiten hacer una lectura con reposos visuales o semánticos y descansos secuenciales de lector. Los poemas se leen uno a uno y más aún: verso por verso. Ya en la colectividad de su presencia adquieren significados

nuevos por su confrontación y contraste con el resto de los agrupados.

Es frecuente que un lector no habituado con la poesía pudiera confundirse con los términos: poema es la estructura literaria, el modelo literario que desea producir una percepción poética en el lector; verso es la unidad con la que el poema se construye, proviene, desde muy antiguamente, de la palabra *surco*. Es decir, los surcos que se trazan en los sembradíos son parecidos a los versos, a las líneas del poema. Y en ambos se coloca la semilla, que al fructificar habrá de alimentarnos.

Oliverio Arreola percibe que en el recuento a presentar hay temas que renacen o se recuperan y aparecen de nuevo con posibilidades distintas en el tejido de cada poema. Cada poema toma una forma conveniente a sí mismo; es el propio poema quien decide si se ofrece con puntuación o sin puntuación, de acuerdo al ritmo de la mano que escribe y que traduce el pensamiento poético a su destino final, aunque paradójicamente provisional, de la escritura.

A cada poema le provoca llevar una inicial mayúscula en cada verso, como nos enseñó la tradición en lengua inglesa, dándole su valor único e independiente, o bien, combinar altas y bajas, mayúsculas y minúsculas, como nos hicieron posible las voces de nuestro idioma. Adicionalmente, cada poema pondrá sus propios movimientos visuales en el espacio de la página, siguiendo sugerencias de las vanguardias, como en este ejemplo:

Otro cuerpo de mujer.

Otro cuerpo.

Otro.

O bien, en versos como:

Seco el jardín, estatua de sal, el pez mira hacia arriba.

Seco el jardín, estatua de sal, el pez.

Seco el jardín, estatua de sal.

Seco el jardín.

Estatua.

En estas formas, por ejemplo, se establece una lealtad lectora con otro de nuestros poetas clásicos, T.S. Eliot, y el acomodo de los versos ofrece al lector distintas posibilidades de lectura.

Reveladores son también los epígrafes que Oliverio Arreola utiliza como referencia adicional para sus poemas, epígrafes que constituyen el punto de partida del poema o bien manifiestan de alguna manera el contexto o aluden con claridad las referencias útiles para la mejor comprensión del poema. José Emilio Pacheco sugiere sustituir la palabra influencia por apropiación y éste es el caso también válido para el desarrollo de lo que estos epígrafes sugieren. Versos de León Felipe y Lizalde citados junto al título del poema son útiles para dar cuenta de las referencias que el poeta toma de su variedad de lecturas.

El poeta español León Felipe, exiliado y fallecido en México en ese año dolorosamente simbólico de 1968, es referido por Oliverio Arreola: “Lo que fue ayer un toro ya no es más que una constelación”, para trazar una sección de poemas, la titulada *Pasión de caza* (2003), con fábulas y personajes como el Minotauro o Ariadna, con los que desglosará con plenitud expresiva los variados contenidos sensibles que derivan del conjunto fabulado.

Eduardo Lizalde, poeta nuestro de sólida voz y afortunada presencia vital, nos recuerda que “La verdadera muerte es esta muerte a solas, / ausente de sí misma, / como un árbol que crece / durante el sueño”. A partir de lo cual el poeta teje las líneas, los versos, de su poema. Oliverio es un conocedor del verso en su dimensión original, ejemplar. Mantiene, desde mi punto de vista, un concepto del verso como hilo inicial para el tejido del poema que Ariadna usará para salir del laberinto.

Otros epígrafes testifican lecturas cuidadosas: el infaltable Borges de espejos (como mares) y laberintos aporta al autor de *Caza de Sciervo* sus palabras en referencias secuenciales para colaborar en la voz poética del Teseo que Arreola desarrolla, como personaje lírico, o las palabras del también eficaz poeta Herman Melville, conocedor del mar, la parte líquida del mundo.

Desde luego, la secuencia de epígrafes incluirá los extraídos de la sugerente e intemporal lectura de la *Iliada* y la *Odisea*, para colaborar en la integración de un corpus de referencias que permitirán al poeta una glosa permanente de sus lecturas: Edipo, Yocasta, el Oráculo de Delfos, el Minotauro, Asterión, Ariadna, Teseo, Medea, Ítaca, Ulises... La voz de Ítaca, que nos enseñó Cavafis, el camino de Telémaco para poder transitar de la adolescencia a la madurez.

Oliverio Arreola es autor de versos memorables que se pueden citar con verdadera recompensa lectora:

Hay un jardín antiguo en mi memoria.

O bien:

Mi casa, una humilde geometría.

Mi alcoba, cualquier rincón lejano.

Y otro par de versos de intensa connotación:

No soporto la noche.

He tenido que ponerme a escribir.

Los poemas tienen en su conjunto una serie de conceptos que van del desamor a la duda, de la incertidumbre al amor, utilizando simultáneamente experiencia, mitos e historia. Hay también un complejísimo trabajo de búsqueda de la voz poética, también conocida como sujeto lírico, para hallar precisamente una voz femenina que pueda transformar el punto de vista del poema. Ya Shakespeare lo hace para dar voz a Julieta, por ejemplo, y esta vocación e interés para plantear poemas desde la voz de la mujer tiene antecedentes importantes en nuestro siglo XIX, cuando Juan de Dios Peza, bajo el argumento de que le han pedido a la voz que escribe reproducir declaraciones líricas de un personaje femenino, nos deja un poema predecesor en nuestra lengua de esa posibilidad que ahora se ensaya un poco más, pero que en el caso que nos ocupa permite constatar cómo Oliverio Arreola logra atinar a la diferenciación de las voces líricas a veces con la mera sugerencia, otras con graduales matices hasta lo sutil de los diálogos o la interlocución dramática y algunas veces más con el giro indiscutible.

Su propuesta conjunta se vale del poema en prosa y de la diversidad intergenérica. Ese encuentro formal se manifiesta con constancia y se puede confirmar en bellos poemas, como “Nadie”, del que quiero resaltar el uso de una voz al estilo del romance clásico con rimas asonantes en palabras como sueños, cuerpo, pueblo, tejiendo, viento, muriendo, fuego, vientos, viviendo, remos, volviendo, sediento... que amplifican el campo semántico y en el poema contrasta una suerte de ánimo

musical en la lectura, un eco vocal que al poema le resulta sumamente logrado:

Nadie a las once. Nadie en mis sueños. Nadie en la noche. Nadie en mi cuerpo. Nadie en las voces. Nadie en el pueblo. Nadie en tu boca. Nadie en mi cuerpo. Nadie en mi cama. Nadie tejiendo. Nadie en las naves. Nadie en el viento. Nadie en el mar. Nadie muriendo. Nadie en las olas. Nadie en mi fuego. Nadie naufragio. Nadie sin vientos. Nadie en la injuria. Nadie viviendo. Nadie en mi hijo. Nadie sin remos. Nadie en las aguas. Nadie volviendo. Nadie en el mástil. Nadie sediento. Nadie en el tronco que es mi casa. Nadie... Nadie... Nadie...

Celebro la aparición de *Caza de Sciervo*, esta compilación de poemas, esta reunión poética, que permite tener disponible y observar en conjunto el trabajo de Oliverio Arreola, poeta de una voz clara y un oficio puntual, que suma gratos momentos a nuestra diferenciada, amplia y propositiva poesía mexicana.

EDUARDO LANGAGNE

De
Las otras caras del rostro
(1998)

MANO

Que venga esa mano; que estruje,
Que hiera, que arranque.

Que llegue esa humilladísima y terrible
Mano.

Que llegue.

Que venga. Que venga y asesine.

Que venga a hacer

Una isla en el pecho

Y deje vibrar su vaho.

Que venga con su anatomía

De medio cuerpo

Perfectamente entero.

Que llegue.

Que venga. Que venga con su carroza

De dragones sordos.

Que venga con su vestidura

De ausencia bañada por los pretéritos.

Y que baje, descalza

A la tierra

Por

La

Es

Ca

Le

Ra

De mis dedos

TRES LÍNEAS PARA EDIPO

I

Vuelvo a ti.

Niégame la luz que me cediste.

Te ofrezco las dos cicatrices de mi cara.

II

Hundo mis ojos en la sangre

Enrojezco las espinas

Mis pupilas en el

Aire

Gotean

S e a b r e n .

Todavía lloran.

Como un par de moluscos

Coagulándose mis córneas.

III

No son tus manos

Las que destellan parricidio, Edipo.

Ni la armadura del beso que
La sogá le encrespó a Yocasta.
No es la cereza luz chorreante
Que sostienes en tus manos,

Sino la manera en que,
A través del Oráculo de Delfos,
Sófocles te introduce a la tragedia.

AUSENCIA DE LOS DÍAS

Hay un lugar, amor, en el que no duermes nunca.

Tu piel huele a baldío y, a veces, un poco a monte
O a llamas de cenizas recién pobladas.

Aquí, todos: los dos, estamos leyendo a Borges.
Qué importa.

Hace tanto que no lloro y no me acuerdo.

Tú no miras la impotencia del llanto
Que yo advierto.

Hay un charco de sangre cayendo por mis párpados.

La 1:00 a.m. No duermo.

He vuelto a poner tu foto entre los libros.
Junto a mi cama.

Alguien más allá de mí que no está en casa.

MALTIEMPO

Hueles a un olor que no es el tuyo.

No es el olor de las avenidas

Yéndose

Ni el de los libros releídos.

Hueles a un olor que no es

Ausencia

Ni ansiedad de nombre

Ni de esquina, ni de llanto

Ni de olvido.

Hueles a un olor que ya no huele

Y que busco a ciegas después de haberlo olido.

No es ese olor del aburrimiento o

Del descanso,

Tampoco el del pecado ni el de la fe

De misa en los domingos.

Hueles... al olor que trae el viento. No. Hueles

A esa manera de morir, a la manera

Del despido.

Hueles a un olor que no conozco.

No es el olor de las calles viejas

Y, posiblemente, el de los besos

Vacíos.

Olor a un deshabitar

O a adelgazamiento.

Olor a mudez y sordera, a tibieza

Y a grito.

Hueles a un olor que no conozco.

Olor de memoria

Y suspiros.

Hueles a un olor de sombras,

A un olor de siembra, niebla,

Humo y lirios.

Hueles a un olor de sueños y

Fantasmas.

Olor de leyendas y fábulas y de cuentos

Marchitos.

Hueles a un olor que no se muere

Y que tampoco está vivo.

Hueles a un olor que no conozco

Un olor ajeno, en otro sitio.

HAY DÍAS

Hay días en que dan ganas de morir
De juntar los días y amontonarlos.

De mirar a la mujer, la compañera,
Y darse cuenta de que
Ya no se le quiere como antes.

Que es, ya, más dolor que amor.
Un vaso de vino amargo.

Que el amor se nos quedó, tal vez,
En uno de esos charcos donde, a veces,
Nos hemos agachado a contemplarnos.

Todo así, pasa.
Y, de repente, uno queda ciego.

Y en la rosa la espina estalla
Como una antigua costra en el costado.

Entonces uno siente miedo
Y se arrima a las brasas de otros brazos.

Uno va escondiendo los crepúsculos.
Y quedan ciertos escombros con llanto.

Y entonces
La oscuridad.

Y entonces
La distancia.

De
Pasión de caza
(2003)

Lo que fue ayer un toro ya no es más que una
constelación.

LEÓN FELIPE

La verdadera muerte es esta muerte a solas,
ausente de sí misma,
como un árbol que crece
durante el sueño.

EDUARDO LIZALDE

PARA DECIR TU NOMBRE

La he visto perseguir el flujo de mi sangre.
Aprehender la hendidura de mis poros con sus ojos.
Mudar mi aire,
El aire con que inhalo y la respiro.

El aire con que inhalo el éter, el soplo que me inunda.

La he visto recorrer —gatita sinuosa— los resquicios de mi boca.
Morder mi pezón de suaves miembros con escamas de sus labios.

Escarbar

Hurgarme

Dentro.

Morder como pantera mis miembros florecidos.
Morder, agazaparse en mi piel de suaves pliegues
Para volver mañana

Por sorpresa

Otra vez

Como una bestia hecha carroña.

EL TORO DE DANTE

Viene

El Minotauro

Un becerro salvaje con pisadas de bisonte
Un monstruo que sueña con el vuelo de los pájaros
Y desquicia las esquinas con el llanto de doncellas

Viene

El Minotauro

Decapita aljibes y falsos hipogeos
Y abre llagas en los muros
Pústulas levanta entre los poros
Caen tormentas a su paso
Levanta bayas con sus ojos

Viene

El Minotauro

Sueña con doncellas

Ríe

Caza

Sueña

Se desbarranca entre peñascos
Rubios espejos precipita hacia las tumbas
Caen canteras

Mármoles

Banquetas

Se resquebraja todo entre sus cascós

Viene

El Minotauro

Mas —en diestra mano—

La espada de Teseo

Espera.

EL HILO DE LA FÁBULA

Hay un jardín antiguo en mi memoria.

En él, las fosas florecían por la mañana junto con los muros. Grandes pétalos de arena crecían lentamente mientras desesperaba el día. Hostias de viento me arrojaron por la noche. Amedrentados por la lluvia, en gigantescos antepechos, mis cuernos se alojaron. En pequeños hipogeos me escondí de las tormentas, en suaves claustros evadí las tolvaneras y aquí, entre las celdas, esquivé más de un tornado.

Allá abajo, en los aljibes y en las bajas azoteas desvencijé cabezas de guerreros que venían y se entregaban hacia mí entusiasmados.

Aciagos y voraces fueron esos días.

Hay un jardín antiguo en mi memoria, en el que he guardado hermosas galerías, llenas de repeticiones minuciosas, líneas engañosas, variantes nunca vistas y soberbios trazos, para que al fin, en esta encrucijada, en este día y en esta hora, entretenga la mirada en un ovillo y vea surcar el hacha que partirá mi espalda.

LA CASA DE ASTERIÓN

Mi casa, una humilde geometría.
Mi alcoba, cualquier rincón lejano.

Ésta es mi casa.

Allá, adentro, imagino un jardín. Un bosque que florece en exquisitas geometrías: con hondas bibliotecas que me traen un sabor amargo.

Por la noche, repaso mis estudios.

En la inmensa astronomía —inmersa en minerales— me he extasiado.

Piedras hermosas me conmueven durante el día.

Por la noche, una gama de luces me siembra una esperanza.

Pero allí estabas tú
de nueva cuenta.

II

Pensé en el Minotauro cada noche.
Si no estaba en mí,
me lo inventaron las estrellas.

III

Y fue entonces que dormí la noche.
La bestia estaba en mí. Me acorralaba.
Toda ella cabalgó sobre mi cuerpo.
Me ató con alaridos de galope.

En su cabeza vislumbré lunas crecientes
(sus cuernos dibujaron este estigma en mis entrañas).
Mas Luna blanca era. Sí, pero era Luna.
Y esperé su acometida. Su cornada.

Me olió.

Me trajo un mar entre sus belfos.
¿O fue un respiro que entrañó más de un tornado?
La arena se humedeció como un presagio.
El miedo entonces me parecía un milagro.

De un golpe me sintió en su misma sangre
y en su rostro vi tres veces a mi padre.

Me vi a mí.

Le di la espalda.

JURAMENTOS DE ARIADNA

Jugaré a invocarte en cada muro que te nombre.
Venceré la noche y el quemante frío de la mañana.
Correré discreta por montículos de alumbre.
Y en cada reverencia mi interna voz será: *Teseo*.

Esperaré la Luna llena a conjurar invocaciones.
E inscribiré tu nombre en lo ancho de mis muslos
Y en los dibujos que formaste en las paredes.

Y, como un vigía, seguiré
la arrogante huella que se esfuma de tus pasos.

Mas arderán, en tus manos, cada uno
De los puntos que tocaste.

Alojaré en mi pecho cada una de tus partes.
No olvidaré tu mano. Ni tocarán tus ojos
la arrogante forma de mis muslos con olvido.

Besaré los amuletos que dejaste.
Y dormiré abrazada a la esencia de tus poros.

Y apretaré tus cartas en mis puños.
Y leeré sobre las llamas tus poemas.

Santificaré en tu nombre libaciones
Y los dioses —conmovidos, hacia mí—
Bajarán del cielo.

Mas no volverás. Lo sé del todo.

TESEO DORMIDO

Ariadna, no trajiste el hilo. ¿O no me lo diste?

—¡Soooy Teseeeoo!

¿Cómo saco a esta bestia tendida ante mis pies? Cada pasillo es como arena después de atracar a bajamar. Cada una es perfecta, ruda, exacta, cruelmente parecida a la otra, igual. Me guío por el golpe de las olas que fustigan el envés del laberinto al otro lado. Pero al final, siempre hay un muro o un pasillo.

Me pesa no haber aprendido geometría.

El ancho mundo del marino, toda la sabiduría de navegar me son insuficientes.

He tratado de aprender la humedad de las paredes, la enorme sequedad de las esquinas, el cansancio de los muros tendidos siempre igual, lo cansado de mis pasos, mis vueltas en reloj para reconocerlas cuando piso. Pero todo lo olvido y, de pronto, reconozco: “éste es el mismo muro, la misma esquina, el mismo Laberinto. Allí una huella: la misma arena que revolví en mis manos. ¿Ayer? O no sé cuándo...”.

—Ariadna, perdí el hilo.

¡Extraño el mar!

RUEGOS DE ARIADNA

Teseo.

¡No me digas adiós! No lo creas.

No creas si no quieres creer que aún te amo. Que me duelen los ojos cuando te sueño y me saltan las lágrimas como el espanto. He perdido el sueño, yo que acostumbraba dormir. He perdido la tranquilidad, la busco en la tierra, la rasguño con los ojos puestos en el aire, en los muros, en la cal, bajo el silencio de las piedras.

La noche me enloquece. Huyo de ella.

No soporto la noche.

He tenido que ponerme a escribir.

IMAGEN DE ASTERIÓN

Abetos ciento uno fue mi rumbo. Un laberinto perdido en el asfalto fue *Los sauces*.

Las nueve entonces. Ariadna reanudaba aquel ovillo. El camión pasó dos veces. El tercero me llevó por el *Circuito*. Y me alejé de ti —hoy— para siempre. Y esa noche me dolió por tanta lluvia. Ni los muchachos regresaron, no había nadie. No había más. “Nunca hubo” me gritaba mi conciencia. Esa noche no hubo *Luna*. La marea no bajó hasta sus cauces. Teseo no había vuelto. No volvía. Esa noche te soñé toda la noche y todo el día. Y no quise despertar ni al día siguiente. Y, así, amanecí con dolores de cabeza. Y tuve que barrer la casa, limpiar la ropa sucia, lavar trastos. Nada funcionó.

Teseo no había vuelto. No volvía.

Quizá se había ido a reposar la tarde.

Quizá se quedó soñando con Medea.

TESEO EN LA PLAYA

Pero hoy, en este Laberinto, más ancho que un desierto, persigo los sonidos, muy adentro, entre los muros. Me pierdo en sus pasillos y anchas galerías. No espero más que un grito. Y en la noche, una salida a este cansancio que me abate como un sueño. No espero más que un grito y un deseo como un “te quiero”.

No espero más que un grito.

No espero más.

No espero.

TESEO

Viene

El Minotauro

Es un colibrí

Un pájaro que

Mama

Bebe

Chupa

Trae un inmenso tigre de tres metros

Arriba

En sus pezuñas

Un dragón habita

Entre sus belfos

Rumia

Brama

Aúlla en celo

Destila lava por sus poros

Suda azufre por sus venas

Envenena

Por su hocico echa raíces y rencores

De baba

De espuma

Y de saliva

Escupe

Patea

Rompe el aire

Lo maldice

Sepulta puños en los muros

Calcina flores con los ojos

Seca el mar con un resuello

Viene

El Minotauro

Llega

ASTERIÓN

Ariadna

Ven

Escúchame aquí cerca

Pon tu oído en mi pecho

Hay una caracola que me traje de San Luis, Las Lomas

¡Tócala!

¡Ay!, ¡mírala!

¡Cuidado!

Es lava caliente

Ariadna

Ven

Escúchame aquí dentro

Hay un río que suena

Allá dentro, entre tu pecho

Traigo una mano de agua dulce

Que refresca mi garganta

Que contiene las flechas

Que merman mis palabras

Traigo un agua rebalsada

Una brisa ardiente

de la costa que sueña con *Minotauros* y doncellas

Una espuma cáustica

Que me siembra tiburones en las ingles

Lobo en la niebla,

me destroza como un tigre en celo

Yo soy así

Tú lo sabes

Constantemente abro el Atlas

Y contemplo el mapa para volver a Isla Pacífico

Ariadna

Ven

Quédate en mi pecho

Recostada

TESEO EN LA PLAYA

Querrás andar por otros corredores, andar la noche, probar otros pasillos, que otros muros te den sombra. Hallarás el justo día en arenas impensables, la hora exacta en el reloj de aquel poniente, el crepúsculo en los belfos. Por sus mugidos conocerás el trueno.

Dirán que soy Teseo. Aunque también me apellidarán Arreola, Vargas, Carmona, López-Sánchez.

Que una vez estuve loco y fui poeta. Que por allí hay una prueba de haber escrito versos. Que alguna vez yo creí en el amor —dijiste: *un mundo*.

Y era amor.

Mas entonces lo llamaste miedo.

Te faltará valor —dijiste un día. Mas sabía que era cierta inseguridad insospechada, tus ganas de vivir, quitarte un peso.

Tus ganas de probar

vivir mi ausencia.

ASTERIÓN

Ariadna

Ven

Escucha

Tráeme una brújula

Muéstrame el poniente

Dame otra vez la dirección

El sitio exacto de tus ojos

Enséñame a interpretar estrellas

A descifrar las claves del asombro

Dime cuál es el secreto

Para no extrañarte en los cometas

Para no vivir esta miseria

Ariadna

Ven

Y dame, ¡ay!, otra vez, ¡por Dios!

Una última señal del cielo

TESEO. CARTAS DE NAVEGACIÓN

Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día.

J.L. BORGES

Él es otro hombre. Ve con él. Conmigo no envejezcas.

Corta de tu vientre sus mejores hijos.

De mí no te conmuevas.

Que tus mejores años pasen a su lado

y en él arranques tus más grandes frutos.

Crece con él.

Vive.

A él nada lo ata.

Ni otro hijo ni otra mujer que te perturbe el sueño.

TESEO. CUARTO DE MAPAS

Para que no me duelas tanto, me he puesto a escribir estos poemas, Ariadna. Yo soy el Minotauro y Teseo al mismo tiempo. Tú no sabes qué es ser un Minotauro.

Es una especie encendida de argamasa; un poco bestia y casi hombre; un poco de dolor y de condena.

Te vas con otro hombre: Rafael —me dices.

TESEO

Viene

El Minotauro

Toca las doncellas

Observa

Las desflora

Rompe músculos

Hace collares con su sexo

Se amamanta con la luz que destellan sus ombligos

Sorbe la leche de sus muslos

Mastica las uvas de su pecho

Entre sus senos se agiganta

Se torna bestia

Se vuelve dios y niño enfermo

Él

Todo Él

Bestia bicorne

Se le desbordan ríos de semen por las ingles

Él

Todo Él

Brilla

Brama

Vocifera

Con su presencia nace el miedo

Muge

Brilla

Brama

Vocifera

ASTERIÓN. CARTAS DE NAVEGACIÓN

Mírate en él. Construye la mujer que quieres en su cuerpo.
Entrégale esta piel —tan mía y tan ajena— que hasta hoy ama.
Piérdete con él, entrégate, deja que te arrope entre sus brazos,
permite que te conduzca hasta la cama.

Haz que se harte, que sacie los amores no gustados, y que pruebe el cáliz al que nunca se atrevió mi mano.

ASTERIÓN. CARTAS DE NAVEGACIÓN

Te vas con Rafael —me dices.

Ve con él. Repta su cuerpo con ansiedad y lascivia.

Lléname de él. Sórbelo todo hasta secarlo. No temas. Confundirá el amor con el hechizo solazado entre tus piernas. No adivinará la magia con que mis ojos confundieron tus caderas ni los brebajes que escondes en el vientre y en tu sexo.

Para que no descubra mi mordisco en tus pezones, hazle el amor de noche.

No pronuncies mi nombre cuando te bese las caderas.

Perfórale la piel.

Escóndelo de mí.

Que tenga dudas.

Y date toda.

Y sé menos hermosa que aquel día en que te tocó mi mano.

ARIADNA

Asterión

¿Sigues ahí?

¡Bésame el sexo!

Corta en mi vientre los rojos tulipanes
que se endulzan en tu boca
Húrgame aquí, entre las uvas de mi pecho

Riégame el vino en estas flores
que me crecen en las ingles

¡Desflórame!

¡Por Dios!

Arquea tu surtidor
Vuelca tus ramas
Mama de esta sed de mis caderas
De esta agitación que se enciende entre mis nalgas

Ven

Húgame aquí, entre las piernas

Y, ¡ay!, ¡tócame!

Asterión

Y bájame, por Dios, por un instante

Las estrellas

CARTAS DE NAVEGACIÓN. ÚLTIMA NOCHE

No cometas ni un error. Que nunca vea mi nombre cuando cierras los ojos, que nunca lo escuche cuando sienta que pierdes el aliento. No le des ni un dato ni una seña. Disuádelo cuando intente comprender nuestro alfabeto. Dile que ningún propósito vale. Que es en vano. Ni la quiromancia ni el hechizo lo salvarán para entonces. La alquimia no valdrá para sus ruegos. Tiende bien tus redes. Que no escape. Recuerda bien las reglas de este juego.

Vívelo así.

Cámbiale el nombre y acumúlalo a mi lado.

Allí entonces, los dos, insulsos todos, le revelaré la estrecha línea que nos marcó en tu mano.

ARIADNA EN LA PLAYA

San Luis era un mar de olas largas
Una playa inmensa de rojas caracolas

Era un mar donde mordía el pez de arenque
Y los pulpos sentían frío de tanto abrazo
Por eso los caguamos copulan una vez
Una vez besan
Para no sufrir el amor como yo ahora

Abandoné Playa San Luis
Con qué desesperación busqué otro asilo
Recuerdo que quizá tenía ocho años

—¡Extraño el mar!
Aunque en la costa no me quite los zapatos
Y me llamen cruel porque no lastimo en mis pies ¡ay! sus paredes
Y me relaje con masajes de aguas mansas

Playa San Luis murió hace años
A la costa de Playa San Luis no he vuelto

Ya es muy tarde

DÉDALO Y EL LABERINTO. VERSIÓN
DE LOS POETAS

—¿Lo crearás, Ariadna? —dijo Teseo—. El minotauro
apenas se defendió.

J.L. BORGES

Viene

El Minotauro

Resopla

Se enfurece

Traga

Se abomina

Espera al acecho

Se torna iracundo en las esquinas

Se tira al mar

Embravecido

Se rompe los cascos en las rocas

Se azota contra el agua entre peñascos

Escupe a las olas en la cara

Jinetea

Resopla a Poseidón de frente a frente
Y lo maldice una vez más mientras regresa

Minotauro

Ven

Escucha

Por última vez esta sirena

CRETA. PLAYA SAN LUIS

Mariana

Olí los nardos

Y perseguí las flores de tu casa

Abrí los mapas y me di

A perseguir *un mundo*

Marqué en cada poro de mi cuerpo

Por cada pueblo que pasaba

Mas nunca me detuve, Mariana

Ni los ríos ni las montañas

Ni los desiertos me frenaron

Una voz interna me dice

Falta poco

Sé que nunca llegaré

Aún leo en el pergamino estas palabras

Ariadna está muerta

EPITAFIO

Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme
casa, pero ya no me acuerdo.

J.L. BORGES

No me llames Asterión
Mi estirpe es de quimeras y centauros
Yo voy a ras de suelo
Persiguiendo el olor de las doncellas
Construí *un mundo*. Me encerré en un laberinto
sin palabras ni fronteras

Corté lunas ámbar por la noche
Rojos, soles bermellones por las tardes me alumbraron
Mientras alzaba libaciones a los dioses
Y danzaba enloquecido al ritual del remolino en las arenas
No me pidas que me sangre
Nuevamente, Ariadna

No me pidas
No me pidas este verso. Ni éste

Ni otra historia

Ay, tan sólo

Para decir tu nombre

LOS JUEGOS DE ASTERIÓN I
(JARDÍN DEL SUEÑO)

Vislumbro un cuerpo

Corro tras de sí

Le infundo el pánico

Lo aborrezco

Lo sumo en el espanto

Le cierro las salidas

Las entradas

Lo acorralo

Enfilo las puntas de mi testa

Algo, alguien me impide avanzar

Aguerrido, niego con la cabeza

Juego, bramo, lo levanto y lo sacudo

Lo pongo en vilo entre mis cuernos

De pronto siento miedo

Y me dispongo al tedio volver

Mas siempre hay algo que me pide
Que me exceda

Luego... no perdono

LA ROSA DE ASTERIÓN

No, Ariadna. No es un jardín normal
como todos los jardines de mi infancia.

Ni los Campos Elíseos
ni el gran jardín de Creta se le parecen.

Pedí a Dédalo un jardín,
un jardín con pétalos de arena.

LABERINTO

Rosa de piedra

Rosa de Dédalo

Rosa de Tiempo en cada lenteja de arena

Rosa de arena

Rosa de Tiempo enmohecida con los años

Rosa sedienta de Asterión

Rosa de viento revolcado en las esquinas

Rosa epigrama de polen polvoriento

Rosa desierta

Rosa del vértigo

Rosa mohosa de húmedo aliento

Rosa baldosa en los muros alzados

Rosa de pétalos rubios filigrana

Rosa aborrecida del espejo

Rosa aborigen del miedo

Rosa monstruosa del becerro

Rosa estrellada

Rosa de Asterión

LA EDUCACIÓN DE ASTERIÓN I
(PRIMERAS LETRAS)

Sumé (debí decir: *maté*)

Apliqué las diferencias (quise decir: *morían*)

Conté los días como mi asilo.

Y multipliqué los meses por los años

para precisar la espera.

En dos días —si yo quiero—

todos ya habrán muerto.

O en esta tarde.

LA EDUCACIÓN DE ASTERIÓN II
(ASTERIÓN SE APLICA EN LA GRAMÁTICA)

Me enseñaron versos y el fin de la Poesía.
Las Loas más hermosas de mi voz nacieron.
Con cuánto amor, Oradores,
Poetas y Gramáticos me amaron.

Me enseñaron versos y el fin de la Poesía, he dicho.

Con cuánto amor canté estos himnos que hoy olvido

La lectura me llevó por los anchos vericuetos de los sueños.
Y soñé, y fui dios y pordiosero y fui guerrero.
Y un monstruo con cabeza-media-luna.
Y un atroz, descomunal, becerro carnicero de dos pies.

Mas hoy, en mi clase de Gramática, me ciega una obsesión:

Matar y devorar.

Me han pedido conjugar algunos verbos.

De
Nostalgia de Troya
(2003)

LÍMITES

No te prohíbo, te limito —dijo
tu voz un día. Aquella tarde, *Luna*,
secretas horas comulgamos y una
sombra —tal vez un sueño— nos maldijo.

No es traición, ¡ay!, ni fatuo amor —corrijo—
esta dicha secreta y mía. Alguna
suerte postergada —como ninguna
luz inmaculada— traerá otro hijo

entre los dos, en otra noche vaga,
en que ya no nos veamos grises. Hoy,
los Límites crecieron. (Yo no voy,

jamás, a detenerte). Nada que haga
podrá salvar el Tiempo. ¿Acaso *un mundo*,
sepulte en ti, mi *Luna*, Amor Profundo?

NOSTALGIA DE TROYA

Y yo diré tu nombre por la infinita tierra.

HOMERO, *Odisea*

II

Hoy te amo aquí
sobre esta cama desvencijada
por el tremor de nuestros cuerpos,
por el peso del amor
y la pasión —me dices.

Otros, nuestros hijos,
cuidados por doncellas
nos esperan allá, en casa.

Ellos jugarán. Reirán.
Y fieles a nosotros
—felices— por siempre
ignorarán todo.

O quién sabe...

IV

Haciendo cuentas
gastamos el amor.

Tú —como yo—
tienes quien te espere
allá en casa.

Tiempo hace ya
que nos hemos venido dando al abandono
entre las cuatro paredes de este terrible cuarto.

Contadas están las horas,
los goces,
los placeres todos,
y la humedad de tus tobillos.

Mas si en este acto, así de pronto
una sorpresa, sin pensar, nos deparara...

Nada justificaría éste, nuestro acto
ni el fortuito encuentro que yace
entre los dos en las rodillas.

¿Cómo explicar tu vivo vientre,
en mí,

apretado,
tus ingles vacilantes,
sin rubor
y tus mejillas,
y las muecas en tu cara?

¿Cómo explicar —si no hay manera—
el franco amor que por las tardes nos deja tiritando,
las hondas cicatrices de mis dientes en tus uñas?

¿A cuánto ascenderán los saldos?

Y a ellos, nuestros hijos,
¡ay, estas cuentas!, ¡terribles cuentas!
¿Cómo se las iremos a saldar?

DESLÍOS

Y mi corazón ya no quería vivir ni volver a contemplar la luz del sol.

HOMERO, *Odisea*

III

Te vas.

Podrás pedir que no te nombre,
y que te ahuyente si por la calle
me seduce algún teléfono.

Que sea yo quien se destroce y se emponzoñe
y no vuelva ni a mirar hacia el poniente.

Mas me pides —una vez más—
que no te toque
y que me evite las miradas al Pacífico.

Y que te olvide.

Y que ojalá no sea ésta la última ocasión,
—con qué tremor lo dices—, triste destino
en que ya no nos veamos más.

PAUSAS

I

De repente uno besa
otra boca y se enamora.
Y va cambiando mundos como detalles en el cuerpo.

Se asoma uno a la ventana y ya no se sabe solo.

Se asoma a la ventana y ya no se sabe lo que busca.
Ya no hay luz, no hay paz, tampoco cielo.
Los brazos se acorralan enredados en el cuerpo.
No saben lo que buscan ni lo que hallan.
Uno besa otros labios más sedientos que los propios
y llora
y se asoma
y no hay nada.

De
Mar adentro
(2012)

Nadie es mi nombre, y Nadie me llaman mi madre y mi padre y todos mis compañeros.

HOMERO, *Odisea*

I

Femio, no le digas que tuve que matar a los argivos.
Ni que inventamos monstruos y quimeras con cabezas
y un solo ojo.
No le digas.

Cuéntale, mejor,
que un viento me alejó de las orillas de mi casa,
y que, en una tarde, el mar —el hermoso Ponto verde—
se tragó a mis tripulantes bajo mi paz agónica,
y que tres serpientes se comieron en el aire a mis remeros
y que un día “Poseidón”
—no hay para el dulce Ponto mejor nombre—
me dejó sin barco, a la deriva,
sobre un mástil
y sin remos.

Pero, ¡ay!,
Femio,
no le digas
que la extraño como antes.

TELEMAQUIA I

Constrúyeme una barca, padre. Ven. Dime cuánto me amas.
Olvida ya los remos. Sé más justo conmigo y con mi lanza. Sé
una noche de cuna, un mar abyecto. No mires hacia atrás. No
dejes zarpar tus barcos en esta hora de mi sueño.

II

Repartidor de falsedades.

Femio,
repasa nuevamente tus discursos por las tardes,
y afínate en detalles,
y agrega más mentiras.

Y, por tu vida, no te calles.

Y enseña a los aedas,
cómo se cantan mis hazañas.

TELEMAQUIA II

La orilla del mar es esta arena que naufraga. El mar es esta ola que llega mientras espero a mi padre, ahído de años, marchitado; es este cúmulo de formas que edifico con la arena: un corazón desierto, un grito prolongado en el silencio, un castillo que cada ola vuelve al mar.

III

El amor no existe, Amada.
Sólo esta necesidad de que me duelas,
de no repetir cada uno de los actos
que a solas nos guardamos,
de vivir largamente y a tu lado,
de mejorar este cansancio de mis huesos
cuando a solas imagino el detrimento de tu espalda,
cuando miro de reojo
¡cuánto estorbo!,
cuando dejo de mirar al espejo
y reconozco
aquel sopor que escondes en tus ojos
mientras cantas y te peinas,
y tibia, te perfumas la cabeza
para no buscarme,
para no mirarte acorralada,
para no sentir mi ausencia que tanta falta te hace.

TELEMAQUIA III

Todos los domingos vuelvo al agua desde niño. Me sumerjo. Viajo a los corales, dejo que las olas me revuelvan. Un puñado de peces muerde mis costillas. Reto a las corrientes. De pronto, me duermo. Allí, en mis sueños, tú siempre vienes. Allí estás, mi padre eterno. Me arrullas con los ojos, me sostienes; es dulce el Ponto, es dulce el vino amargo. Me miras con tus ojos apretados..., y me sueltas: un manto de algas y olas tenues. Una ola da un jirón a mi cabeza.

Nada. “Sólo un sueño”, me digo.

Allí en mis sueños: Tú (Él u otro); acaso, Nadie.

RAPSODA

Porque es el mar sustancia de este viaje,
y la Ítaca perfecta, su paisaje.

Este hombre —iluso— mira su estertor.
¡Con qué júbilo al mar!, ¡ay!, ¡y qué furor!

Lleva adentro la vida aletargada:
20 años a la pena..., y la mirada.

Sueño, amor, caricias, el cuerpo esbelto;
dolor, angustias y desasosiego,

Humo y ceniza. Todo, negra luz.
Negra es la lanza de la mar azul.

Pero trae al cuerpo todo este cieno;
y un mar de dudas tras de su silencio.

Esta carne lleva un loco jardín:
borra, sangre, viaje, ¡ay, nomás por ti!

TELEMAQUIA IV

He mirado cada pescador que viene hacia la playa. Hurgo cada una de sus redes, cada una de las anclas. Ni harapos ni remos devastados. Indago por los mástiles al vuelo, las velas que se agitan deficientes en el Ponto antes de atracar.

Luego imagino los veleros sin ti para no esperarte en vano, para dejar que llegues a tu tiempo, para no entorpecer tu arribo ensangrentado. Luego, el desconsuelo. Mi hambre es más amarga cuando te hablo y me lanzo por la costa. Y me atrevo, y pregunto entorpecido por tu nombre allá en el puerto... Y nunca estás.

Un montón de piedras pican cada día sobre los muelles. Así, espero..., amedrentando el día sobre las aguas, apedreando con conchas esta sal.

Nada. Nunca huesos de hombre. Nunca, nada qué encontrar.

TELEMAQUIA V

No hay mayor vacío para mi madre que tu ausencia. Muerta de hace tiempo, pierde el tiempo en la cosecha de los vinos, y borda tu mortaja con tu imagen que cada día encuentra devastada. Todos los días eres un padre diferente: a veces rey; otras, gato o liebre o un airado jabalí; también una cabra, un mancebo, el roble de la casa o toda Ítaca. En algunas noches repite una sencilla bestia. No entiendo por qué mi madre duerme cada día con una imagen nueva. No es siquiera un bordado de hombre. Siempre, diestra con el hilo, juega con pequeñas cosas: árbol, nube, viento; gacela, páramo.

Las más de las veces, el anchuroso mar.

Y todos son uno. Acaso, Nadie.

TELEMAQUIA VI

Mi madre es una madre amorosa. Me habla de tu nombre y tus ardides. Enumera tus toros, tus caballos. No deja de alabar la majada de tus cerdos. Cuenta cada una de las vides que plantaste. Tu tienda es un sol de lustre por tus armas: grebas, arco, carcaj, espada o lanza, un escudo de lumbre a contra sol. Por las tardes relata sus recuerdos y con ellos nombra todos los lugares de la casa. Y se ríe y me asusto, y me contagia de sus risas.

De noche, se encierra en su cuarto y lanza libaciones por el cielo. Y grita, y aúlla como un perro, y te maldice, padre...
¿Dónde estás?

TELEMAQUIA VII

¿Habré de secar los mares para que no haya viento que te aleje de mi costa? ¿Habré de surcar las aguas para buscar tus huesos entre fauces de escamosos tiburones, de corporeizantes fieras que te inventas? ¿Dónde estás? ¿Por qué me abandonas? ¿Acaso el mar, más venturoso, te ofrece más alegrías que aquellas que te ofrezco? ¿Acaso abrasas otros brazos más tiernos que los míos mientras yo, acá, por ti pregunto? ¿Te cansaste de usar lanza de fresno? Ya no están tus flechas, ni tus armas. Las he buscado. ¿Acaso con ellas te escondiste? ¿Fuiste a cazar los monstruos que sacaste de los libros?

Artero... ¿Miras la iniquidad de tus cuentas? ¿Quieres otro jabalí? ¿Buscas otra herida?

AEDA

Es la mano presagio del destino.
¡Con qué engaño se ensaña el laberinto!

Pero esta alma que busca un cuerpo a tientas,
También la luz —su dios mentido— a ciegas.

Mas el amor emerge en el milagro.
¡Con qué pasión lastima su arrebato!

¡Vuelos! Aves, aire, escritura hebrea,
El aire la complace y la descrea.

Con qué amor este fuego submarino,
Cría conchas, corales, caballitos.

Porque el amor —también— se da a la pena:
¡Ay!, en huracán, borrasca, nube negra.

MAR ADENTRO

Vengo de Ítaca —te digo—. Me acompaña la cólera de un Dios que se consume en su venganza. Llevo la imagen de un hijo que un día alcé, airoso, entre mis brazos y hoy no reconozco. Un hermoso jabalí cruza sus cuernos por mi cuerpo y hosca hasta la médula de mis huesos como un frío, un miedo o una guerra. En mí trota un caballo con poderosos tiburones en el pecho. Navego... Presuroso lanzo el remo y no llego.

Estoy aquí. Digo tu nombre.

Repaso cada noche las líneas de tu cara.

He visto correr la sangre. La he visto correr en la guerra y en la caza, primero; en el matadero y en la hecatombe, después. La sangre. Siempre la sangre. Es la que me hace mantenerme en pie.

La infinita sed de sangre filial de mis entrañas.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XX

Una gota de agua inunda mis ojos. El dulce Ponto se asoma a mi garganta en cal viva, amarga. Rebalsa sobre la proa el salino aire de los vientos. Peregrinos mástiles, velas ascendidas en el viaje hacia esta guerra que cada uno habrá de librar contra sí. La mía, ¿cuándo la habré de librar? ¿Acaso, a los veinte años? Viejo y sucio. ¡Mascarón de proa! Habré de volver solo y SEDIENTO

Uno es la guerra. Armas, Tiendas y Navíos. La flor de la matanza sobre el campo. El odio ennegrecido por el polvo y las llamas del incendio. El cuerpo sobre brasas, ardiente, ensangrentado. Estiércol, Pelo y Uñas. El negro polvo del desasosiego, aquí, entre mis manos. Y la sed en la boca, como una sed de mar, como una sed de sangre, como una negra, seca, sed de sangre.

Uno es la guerra. Uno es la espada, el escudo que golpea, la greba que fulmina con el golpe. Uno sabe que la sangre ha de caer. Tarde o temprano ha de caer. Uno es el instrumento de la guerra.

Nos hierve la sangre. Nos comba la impotencia y la desdicha. Surge el caos, la ausencia. La espera es un ahogo en la garganta. Cada noche, una vida.

El cuerpo es un caer constante de sus miembros, un abismo airoso que lento nos fulmina. Afuera el mar y sus murmullos, noticias cortas de la ausencia.

¿Qué nos queda? Sólo ahogarnos en la sangre enfebrecida, en los brazos glaciares del delirio a media noche, en la mueca del insomnio que nos traga mientras tú, allá en la guerra, planeas e intrigas el curso de las armas.

Peón y alfil sucumben al lado de un rey que morirá triunfante cuando vuelva a casa.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XIX

Sediento...

Hago la cuenta de las naves. Las velas, en un fluir de vientos, ensalzan sus panzas gordas, enormes bocas tragando aire por el vinoso Ponto. Es una sal que alivia e inflama mis mejillas. Es

una sal comiéndome los huesos. Es una sal, su flor de hierro en mis heridas. Es una sal florecida por mis dedos. Cuenta de años, asume su curso por mis venas. Envejece conmigo y me conserva.

Al aire, un fluir de pájaros desérticos por el cielo. Ciertas astillas abren grietas en mi cara. Luego, la brisa: su negro frescor arde para ADENTRO

Hay otra guerra en casa. Lo siento. Inicia en la revuelta. Mi hacienda se devasta. Debo izar al mar. Me esperan años de batalla. Estas costas me aprisionan. Esta orilla es una reja. Soy un intruso en la batalla. No soy ningún *matador de hombres*. No soy Nadie. Y no seré nunca Nadie.

Pero, a veces, sueño con despertar un día lejano en otra playa, clara, amplia, crepitante. No en una playa desolada, llena de muertos, de cadáveres mutilados, de hombres atravesados por la lanza, de cráneos aporreados con un olor a sangre seca sobre el cuerpo, con un sabor a tierra y sangre que cicatriza en las encías. Y el hedor de la sangre en los cuerpos al sol que humean hacinados.

Llegó una tarde. Me habló de pájaros celestes, de dioses moribundos, de arcos, flechas y mortajas. Me dio palomas aclocadas, las dejó reposar sobre mis manos y aletearon en mi vientre.

El mundo era un vuelo si miraba, una parvada para sentirse entera.

Fueron aves. Canarios, dulces ardides de mi vida... Fuego. Pájaros del mar.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XVIII

Adentro...

Hago cuentas. La arena rebalsa en la costa. Estoy aquí y miro el horizonte. Los mismos pájaros de azogue emergen de las rocas. Piedras y corales llegan siempre a mis pies húmedos. La misma sal, el mismo aire humedece mi cuerpo en este año de cólera y bravura; de estratagemas e impotencia.

Aquí. Solo. De espalda a las murallas, de frente contra el Ponto, lo veo clarear al sol de cada día. Es un mapa redondo, un espejo azul por la mañana y un vinoso cuerpo hinchándose en

la tarde. Un dragón de golpe que azota las rocas y las rompe. Deslava la orilla, pasea los maderos, la sangre y los mástiles caídos, limpia la ceniza. Fresco como todos los días en que a él vuelvo, lame mis heridas, mis brazos ya gastados. Asume su condición de lengua mansa. Es una yegua pálida lamiendo la placenta de su crío. Luego, lo acaricio, paso mi mano por su pelo. Ya allí, lo siento grueso, inmarcesible, inconmensurable, es un monstruo refrescante entre mis dedos, un brazo de paz para la TARDE

Flechas. Flechas del delirio. Puntas de fuego quemándonos la carne. ¿Qué nos queda sino otro cuerpo para mitigar este airoso incendio de los pastos en el campo?

Pero viene el cuerpo. Y allí está, y lo tomas. Es un cuerpo con miedo en las mejillas que sabe a pasto y a vinagre, a carne seca, a sed de sangre. Y entonces el ardor se vuelve furia y uno sale a cazar sobre la guerra y el incendio... Este triste, pavoroso y desasosegado incendio no se acaba. Y uno mata y rapta, y busca las aguas frescas de esos labios que te esperan y sueña. Y uno abre los ojos. Y no hay nada.

Las pavorosas flechas del incendio.

Otra era su sangre. Corría por sus venas como por un cauce de agua. Todo él era un brazo de agua. Su boca era un pozo de aliento para mis oídos.

Era la tarde. Un gorrión, una codorniz, una paloma, un crepúsculo a lo lejos, una cítara, una rosa, una greba desatada. Toda la sangre de su cuerpo.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XVII

Tarde...

Es tarde. Calamares y cetáceos emergen de las olas. Plancton. Cardúmenes cerrados que dan sombra. Pájaros dorados se estrellan contraespejo, contraescama, contracielo. Es un pulmón de vida pasándose a la costa. Aquel cetáceo un surtidor en el océano.

Pesa el aire. La sal lo hace más denso. Quema en los pulmones. Y, por la noche, es como tragar agua. Es como respirar con la cabeza dentro de un pozo etéreo; dentro de un vacío negro, dentro de un mar revuelto, embravecido; salino, ciego. Después,

las olas. Luego, un bandear constante contra el remo. Lucho a fuerza y a pulmón y resoplido. El brazo es una extensión de la madera, una brasa cierta que no deja de remar contra las rocas, una hoja seca que bandea contra el viento y que no CESA

Toda la sangre que habita un cuerpo nunca es suficiente. Ni toda la sangre de un linaje es infinitamente suficiente. Cuerpo solaz, imbécil y engreído. Ladrón.

Escoria de hombre.

Debió venir aquí a demostrar su imprudencia con una flecha en la cabeza, arrastrado por un carro, molido sobre ruedas.

Lo imagino en mi tienda de armas y contemplo el dulce y lento y tenebroso correr de su sangre.

Qué es el amor. No es nada. Es la sangre andando. Él soy Yo, andando. Miro con sus ojos. Me siento en sus brazos y me palpo con sus dedos. Le busco. Me respiro en la frente con su olfato. Soy mi propia nariz en la nuca y en la mata de su pelo.

Nunca me había respirado nadie en la espalda.

Sabe a sal. Me sé sal. Y huelo a ébano y a canela; y a sándalo y a enebro. Y, a veces, huelo a él. A veces huelo a él y lo transpiro. Y todo él corre por mi cuerpo y lo transpiro. Y entra por mi boca y cubre mis arterias. Y es mi voz y me envenena. Y sé que soy yo quien se observa cuando él me contempla y no me besa. Y soy yo, desde él, mirándome de cerca. Pero hacia adentro.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XVI

Cesa...

El aire. Luego, se agita y así, solo, embravecido, toro en brama, escupe contra el cielo. Es un remolino a estribor y a babor, un grito espeso entre la espuma, contra el timón de mando. Me arroja contra el mástil. Títere del cielo, soy otro espejo en que

navegan los hilos de mi espalda. Soy contra el timón un juego
de la vida. Mar y cielo: un triste juego entre espejos DE AGUA

Nadie a las once. Nadie en mis sueños. Nadie en la noche. Nadie en mi cuerpo. Nadie en las voces. Nadie en el pueblo. Nadie en tu boca. Nadie en mi cuerpo. Nadie en mi cama. Nadie tejiendo. Nadie en las naves. Nadie en el viento. Nadie en el mar. Nadie muriendo. Nadie en las olas. Nadie en mi fuego. Nadie naufragio. Nadie sin vientos. Nadie en la injuria. Nadie viviendo. Nadie en mi hijo. Nadie sin remos. Nadie en las aguas. Nadie volviendo. Nadie en el mástil. Nadie sediento. Nadie en el tronco que es mi casa. Nadie... Nadie... Nadie...

Otro cuerpo de mujer es en el mar, arena rebalsada (llamarla sierpe, sirena, Helena —por ejemplo—). Otro cuerpo de mujer en el mar —Carmen, *verbi gratia*— es atarte a un mástil del undoso Ponto griego, es quizá el undoso ponto en desbandada. El vinoso ponto.

Otro cuerpo de mujer.

Otro cuerpo.

Otro.

Debes morir. Debes morir. Sólo sé que debes morir. Tengo una tienda repleta de armas; una casa nutrida de flechas y espadas. Bajo mi almohada, un puñal. En mi vientre, miel, ambrosía, leche.

“Veneno exquisito” —lo nombras.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XV

De agua...

Me quedan las palabras. La escritura de los pájaros en el aire. La caligrafía suave del vuelo en las gaviotas. La página blanca de la nube. La sílaba en el viento.

Me quedan los signos de la tarde y de la lluvia, del temblor y la tormenta. Soy como una lengua viperina en la pregunta, el aire que bosteza entre las líneas DE MI ESPALDA

Ya en la ciudad los cuartos traseros de las vacas se ingieren por todos los hombres. Un perro muere. Cohabitan las doncellas. Una mujer me limpia los pies. Se ha sorprendido mientras se escuecen mis heridas en otros tiempos ya gastadas.

Me he dejado lavar los pies.

Para entrar a la ciudad —lo he aprendido— habrá que lavarse los pies.

Huele a sangre. Todo su cuerpo huele a sangre. Sus ojos son de sangre. Después huele a mar, a arena, y a molusco.

Llegó cansado, sin fuerzas, como alguien que viene de muy lejos; como buscando su rastro, hurgando el desconuelo.

Por la noche toca las sábanas, las huele, las estruja.

Allí, perdido, en el desierto de blancura de las sábanas, me busca. Luego, la sangre.

Se despierta con sus sueños de sangre.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XIV

De mi espalda...

Levo anclas. Llevo esterros en los huesos, bahías por tormenta entre mis poros. Arpones balleneros guardo entre el abdomen y un océano de cieno circunda por mi boca. Yodo y aceite surcan mis entrañas. Por mi pecho se asusta un tonel de tiburones ante un Ponto INTERMINABLE

*Él, Antínoo, se llena de dolor si me imagina.
Camina sudoroso por la casa, la rodea, toca la madera
y se atormenta.
Él, Antínoo, se ahoga si me observa.
Me busca con los ojos la mirada
y lo sorprende con la vista hacia el poniente,
como buscándome un océano.
No llegas.
Él, Antínoo, insiste.
Me abreva y me acorralla.
Me observa y me seduce, se oscurece.
Se tensan con cierto brillo antiguo sus dos gruesas
pantorrillas y respira como un potro encabritado.*

*Sin más, llega la noche,
y toca mi puerta y yo le abro;
y ya, a esa hora, me encuentra más febril y humedecida.
Le digo que no, que no lo haga, pero sigue...
Siempre sigue.*

*Y entonces me despierto.
Y entre las sábanas húmedas y el sueño me digo:
“¿Qué sueño es éste?”.*

Pero él, Antínoo, nunca está...

Hay un olor extraño en el cuarto de la casa, en la tienda de armas y en mis lanzas; en la cama y en camino hacia el vino. Ayer, sobre su cuerpo, me invadió ese olor. Su pelo, su boca, sus senos, su sexo...

Todo ese extraño olor, como de sangre, como de guerra, como de hombre.

Ayer, mientras hacíamos el amor, se quedó en silencio, perdido sobre el pezón de mis senos entre sus manos.

“Sabes a sangre” —dijo. “No, a guerrero” —masculló. Y se tendió a mi lado.

Mi cuerpo sabía a sangre.

No hacía el amor conmigo, sino con él.

Todo él, Antínoo, humeando entre mi cuerpo.

Hoy volverá a la cama y otra vez olerá.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XIII

Interminable...

Llevo arcillas rojas y cieno blando entre la sangre. Me enmohece la rubia quitina de crustáceos, el armadillo de la sombra como un sol erizo entre las branquias.

Llevo un archipiélago de siglos como años, días más eternos que el sol y la infinita tierra.

Un océano de siglos es mi espera. Y mi viaje, olas inmensas que traspaso con mi lanza. Peces extraños burlan mi extravío, barcas ligeras que avanzan por mi sangre.

Yo espero paciente a que lleguen las señales: hombres gigantes, mujeres imposibles cantando entre las olas, vientos repentinos sacudiéndome la vida.

Me habitan calamares en la espera, veo crecer el plancton por las noches. Me hundo en regiones imposibles y taludes, en sedimentos de magma y flores ahogadas en el fondo.

Reviso los mapas y las brújulas sin curso. No hay viento que dé rumbo a esta arcilla en el madero.

Debo esperar. Tampoco hoy, hay nueva ruta para mí entre las ESTRELLAS

Murmullos. Rumores. Cada vez que paso por la plaza regreso a los días de la guerra. Miro en cada hombre una lanza, sus ojos son cuchillos, sus voces flechas.

No entiendo.

Ayer en plena plaza, ese olor. Luego, Nada.

Ella no estaba allí. Pensé en la madera, las frutas exquisitas, los granos, el olor de la humedad.

Nada.

A mi lado, el hedor de un limosnero oliendo a ti.

Hoy sé que vendrás. No puedes contra mí.

MASCARÓN DE PROA

AÑO XII

Estrellas...

Y abulones y pulpos en su tinta. Se encienden los atunes en círculos sin freno. Praderas de tortugas pasan a mi lado. Un circo ferroso de delfines escapa velocísimo de un púrpura añil de tiburones. Eléctricas tormentas como hongos de medusas. Enormes chicotazos entre el amor de las anguilas. Yo, de nuevo entre la guerra, librando un pez espada. Y otra vez el fuego en un erizo de AGUA

Debo esperar unos días más mientras salgo de aquí, y sacio mis culpas y desciende la marea.

*Él perfora mis muslos con sus manos. Enciende mi vientre, lo pue-
bla de latidos.*

*Qué puedo darle sino lo poco que dejaste. Le ofrezco tu ha-
cienda y la devasta. A él nada lo sacia.*

¡Nada para Nadie, es tan poco lo que pagas...!

MASCARÓN DE PROA

AÑO XI

¡Agua!...

¡Agua! *Carcharodon carcharias* siete metros. Mástil en los ojos, paciencia de sirena y de fenicio. Tengo aletas de cazón, de mantarraya o pez martillo y una cicatriz que se lava cada día en mi pantorrilla. Cartílago en sangre, devoro peces óseos y teleósteos y espero cada orilla con paciencia. Erizos en los nervios, soy un *Blanco* que caza en cada círculo, en cada banco de peces por la vida. Soy un pez en movimiento, pez de viajes. Respiro por mis branquias de espera y avanzada, respiro por mi cuerpo de agua: anaerobio y de cartílago,

SEDIENTO

Él, Antínoo, sacia su boca, se pone furioso. Sale iracundo de la casa y busca las bestias y las unce, y cansa los caballos. Corre las yeguas, busca los toros más hermosos y los ofrece a los dioses para que pronto vuelvas. Y come las mejores piezas del ganado y ofrece las vísceras a Atenea.

La casa, el pueblo, se llenan de un olor a mierda.

Pero ellos no responden. Adormecidos por ti, entretenidos en ti, ignoran sus injurias.

Entonces, Antínoo se enfurece e iracundo vuelca las ollas de la casa y arroja las flores a los cerdos; del vino suelta los amarres; corre a los establos y azota las vacas y se enfanga entre los cerdos y ofrece bacanales a tu pueblo.

Él, Antínoo, el que no fue a la guerra.

CUATRO TEXTOS FAMILIARES

I

Carmen, el amor no existe. Sólo esta necesidad de que me duelas, de no sentir pasar los años, de vivir largamente y a tu lado, de mejorar este cansancio con noches de cuentos y mentiras. No existe el amor. Me lo dicen las aguas, la guerra de los años, mis ardides, mi cuerpo envejecido en tu ausencia, los argivos...

El arco que sólo yo doblaré en mis manos y el tronco de mi lecho son el mar de mi esperanza.

II

Porque dijiste un mundo y me quedé temblando.

El aire que respiras cuando te amo es otro.

Los lentos girasoles se persiguen uno a uno por ocupar el sol que habite entre tu boca.

Soy el mar de los sargazos.

Un inmenso olor a sal me deshidrata.

Mientras duermo, un sueño de oquedades rueda por mi pecho.

Las lanzas que quebramos custodian hoy mis sueños.

No soy Nadie.

Nada para nadie.

Nunca más para ti. Ni para mí.

Ya nunca más este viajero.

III

Me llamarán Ulises,
el rey del Ponto y los ardides.
Ulises el argivo,
el viajero aquél de las leguas más cansadas.

La ruta de la vida.
¿Qué hay, que sea más larga,
sino esta travesía?

La ruta de los años.

La larga ruta de los años,
y el anchuroso mar
del desconsuelo.

VOY A HABLAR DE LA ESPERANZA

I

Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca, piensa que ella es tu Ítaca y no la Ítaca de Ulysses. Piensa también —no te confíes— que ella puede ser un río, un mar o un simple ojo de agua al que no puedes detenerte.

Simple, como ahora, leva anclas, busca el Ponto. Viaja allá, lejos, donde las aguas todavía no tienen nombre ni el mar es el mar vinoso de los Pontos. Y sujétate bien —no te confíes—. Llévate bien allá, donde las aguas... Ve allá, donde las aguas...

Ve allá, donde tú y ellas... Nada... Nadie...

II

Ítaca es tan vieja y tan antigua como un esqueleto de agua ante el cual no puedes detenerte, pero existe. Sé que existe. Como una red de fantasmas inefables que se posan en mis manos. Pero no te confíes —te digo— porque la hallarás acaso en las cosas más simples: en la casa, en un castaño, en la guerra; sobre la acera al caer la tarde o en una hoja seca.

Ítaca es una de esas ciudades enteras que se caen y se distraen y que también todos miran de cerca. Ítaca es un cúmulo de asfalto que te espera, acaso una teja que te cae sobre la calle,

una ciudad entera, ruin, amarga de años, impaciente como tú...,
sobre la espera.

IV

Mítica como el mar, Ella también te espera a ti, como espera
Ítaca a Ulysses.

Así que si Ítaca te manda conquistar el mar: Conquista
el mar.

Y si te manda un navío con los marinos más diestros, los
más jóvenes remeros y sus mejores y avezados navegantes
para que fragües el mar en dos y naufragues: Recibe el navío y
naufraga.

Y si te manda hambre y sed: Recibe hambre y sed.

Y si acaso Ítaca te llena —así, de pronto, sin aviso— de
gruesos y largos y cansados, largos años: Llénate, pues, de grue-
sos y cansados, largos años.

Y si, de pronto —otra vez, de pronto— Ítaca te acosa con
dudas y preguntas sobre saberte infiel o traicionado de buen
grado por tu esposa, que te espera con tu hijo, allá en casa:
Deja —también— que te carcoman las preguntas y las dudas y
degusta de tus más gruesas y mejores hieles, y atormentate así,
¡rabiosamente!, como si en ese momento —dichoso momento—
fueses el Dios de los Escualos.

Es más, siempre que veas que un mal te acontece, que
algún golpe se inserta en lo ajado de tus pies o que alguna mala

costra echa raíz en tu costado, piensa en ellos como una señal de Ítaca, porque —óyelo bien— sólo así sabrás que Ella, Ítaca, cada día está más cerca.

VII

Vuelvo a Ítaca como todos los días. Y allí está Ella, fuerte y débil, sosteniéndose en el curso de los años, cayéndose a pedazos cuales gotas de sudor que por su frente ceden.

Y no puedo más.

Y a la vera de la vida me detengo.

Ítaca.

Ciudad triste, ruin, amurallada. Me avergüenzan sus colores, sus estirpes, sus moradas, sus genealogías de hombres y caballos.

Toda su Historia y sus Anales me deprimen.

Y quedo atrás.

Y poco a poco me alejo y me detengo.

“¡Qué fósil más atroz!”—me digo.

Y me derramo.

Yerno e hija mía, ponedle el nombre que voy a decir.
Ya que he llegado hasta aquí enfadado con muchos
hombres y mujeres a través de la fértil tierra, que su
nombre epónimo sea Odiseo.

HOMERO, *Odisea*

De
Cacerías
(2011)

... pensé darme al mar y ver la parte líquida del mundo.

HERMAN MELVILLE

PRIMERA INMERSIÓN

El *Blanco* es un cazón de lomo negro o azul grisáceo,
un romperredes con tres hileras de colmillos al hocico
y mandíbula sedienta de más de medio metro para tragar más
de un océano.

El *Blanco* es una enorme maquinaria de cartílago que navega
mar adentro
y a/mar interno.

Pez intenso, rema con un odio feroz a contramar,
a contra luz, a contrapecho y también contra sí mismo.

El *Blanco* es un lampiño juguetón, un implacable nadador,
un asesino brutal de nervios secos que convulsiona a negra
sangre.

Presa del arpón, descuida sus instintos y se pone a soñar entre
las nubes,
a contrafuego solar de las gaviotas, a contra cielo formón del
precipicio,
y persigue el vuelo de la sal y vigila el curso austral de los
albatros.

Animal al fin —como yo, como nosotros—
siempre cae herido, fluvial como las nubes.

Pero el *Blanco* es un blanco sietemares, un blanco navegante,
un enorme Poseidón de los Regresos.

PLAYA SUR

Este cazón transpira arena por los poros mientras duerme
y se despierta con el cuerpo adolorido.
Sangrante por arpón de metro y medio, se deja morir a medias
redes
y se lanza iracundo hacia las rocas.

Herido hasta las vértebras, se saca el corazón y lo mastica.
Quiere arrancarse el músculo que duele, la sangre que a diario
lo revienta,
y escupe contra el agua y la maldice,
y se enfurece contra el mar,
y escribe con los puños sus poemas.

Este cazón aborrece ya las flores y naufraga:
nunca más jazmines en su casa,
ni abrazo enfebrecido en la tormenta.

¡Tanto mar! ¡Tanta sal de mar en las venas lo devasta!
Y se tira playa adentro a buscar otro mar que le consuele,
una siempreviva, un hueledemí u otro siempredhueles:
otro pez para saltar con luz al alba.

LITORAL DE LOS LATIDOS. INVIERNO

El frío crece sus ramas por la casa, asciende por mi cuarto, presume enredaderas, cubre mi puerta con un verdor oscuro de moho y gordolobo. Despierta a la mañana, cierra mi paso a pasto y siemprevivas, y pinta su tez verde, y enfanga mi cama de maleza, y se hacen más frías mis cobijas. No le basta su color artificial de paisajes y esmeraldas y exige sus pigmentos, más precisos y amargos que las algas, más tristes que la lluvia cuando arrecia contra el bosque. Me levanto de golpe y no lo veo. Me arrimo otra frazada y el hielo —entre mis venas— corre más adentro. La nieve cae más densa y blanca por la puerta, pero me asusta cuando veo que mi casa ya es una hoja sola, un mudo he-lecho, una enredadera abriéndome al silencio, un bosque negro atado a mis preguntas. El frío crece sus ramas por mi casa.

OCÉANO MAR

La cama que dejaste se hace pedazos mientras duermo; carcome mis miembros por la noche y arrasa mi tronco por la pelvis. Perra enardecida entre las sábanas, me muerde. Y yo allí, en el sueño, la rasguño. Lucho contra ella a quemarropa y hago que también soporte mis ladridos. Pero entonces se pone más rabiosa y muerde entre la carne —y más adentro— y me clava sus colmillos fuertemente, y me ladra atormentada por su ira, hasta que atina a despertarme. La cama que dejaste se hace pedazos mientras duermo.

LITORAL DE LOS LATIDOS. PRIMERA GLACIACIÓN

Me encierro a mar y cielo, a libro y música, a látigo y tormenta. Y me alejo. Y frecuento los bares y las fiestas y hablo por teléfono y hago yoga por las noches. Pero al llegar a casa, el diario me revienta, hace de mi cuerpo grandes llagas, una enredadera hacia el delirio. Cada palabra te compara; cada acto, uno solo: el tuyo, repetido. Cierro el libro de hojas blancas en mis manos y entonces te condeno. ¿Es a ti a quien hablo? ¿O le hablo a un muerto? Todo esto me hace temblar. La nieve empieza a caer por mi casa. Te he congelado el llanto como te he congelado en el silencio. Luego, me encierro...

OCÉANO MAR. POST MÓRTEM

Sé que dejaré el teléfono que suene. Que repique lentamente hasta el cansancio. Sé que todos mirarán cada uno de mis actos y pedirán que no conteste. Y no lo haré. Y no habrá necesidad de que me insistan. Sé que tu voz, la que esté allí, la que me espere detrás de ese número perdido, me gritará mientras me llames. Y se llenará de ira. Y se levantará un muro contra ti, ya sin sosiego. Y me caerán cenizas y se levantarán contra mi rostro tus poemas. Sé que no seré de ti, que nunca más de ti, que nunca más el ring. Que nunca más. Sé que dejaré el teléfono que suene.

.

EPISTOLARIO

Te debo la camisa azul a rayas que no pude guardarte. Y el viaje aquel, a Uruapan, el pasado doce de diciembre en que nos vimos.

Te debo el calendario que guardamos y que se nos ha ido deshojando mientras a solas pasa —con qué tristeza— el tiempo.

Te debo los juegos con mis hijos, los cumpleaños que juntos nunca festejamos.

Te debo la roja cicatriz donde me dueles y que nunca curarás por no asfixiarte, por no salir herida y sola, y contagiada y más enferma.

Te debo la agonía, el cuento lento con que a solas pasabas mis tristezas; el soplo de la tarde que aún se ahoga mientras duermo, el abrazo breve y frío que yace muerto entre los brazos, en los que tristemente aún hoy navego.

Te debo todo aquello que te di, el cuerpo mío que ya no está y tampoco tienes. Te lo debo. Porque si no estás aquí, quizá nunca

te lo di —o, tal vez—, nunca quise verdaderamente que fuese como dije: siempre tuyo.

Te lo debo porque hoy, que ya no estás, me quedo loco, y a veces sordo y ciego, y te contemplo. Y me pongo a cocinar para olvidarte, y a hacer las labores de la casa para calmar el apetito de tu nombre, para que deje de pronunciar tus versos y tus cartas, cortarme ya de tajo tus palabras y, por siempre, lo que un día, yo, en mi corazón, también te dije.

Me pongo a cocinar para pensar en instructivos y recetas, en medios kilos de tu carne y de mi carne, y de una harina que jamás con huevos revolvimos para hacernos aquellos *hot cakes* que nos juramos mientras untábamos miel y mermelada en nuestras manos, y nos moríamos de diabetes.

Cocino para llorar como se lloran las cebollas. Y no es mi llanto quien te extraña, sino el de esa mesa tuya que te espera con las lágrimas cerradas y apretadas contra el puño, mientras la silla hecha un guiñapo moja con sus ojos las mejillas cada día, casi muerta, porque te espera aquí y tú no llegas, y se cansa de mirar sus cuatro patas desoladas.

Cocino para ti porque, al marcharte, me dijiste con los ojos que te ibas, pero también que regresabas, y que yo no sabía usar ni un cuchillo, ni rebanar las zanahorias para una ensalada de aquellos vegetales que un día entre los dos juntamos.

Te lo debo. Sé que te lo debo.

Te debo la sal y la pimienta, y el ajo y la cebolla, y la pizca de canela del agua para té con que te sigo yo esperando.

Te debo la camisa azul a rayas...

BRÚJULA Y SEXTANTE

Mi Norte es un jazmín de voluntades, un terciopelo platinado por sus ojos.

Mi Norte es el deshielo de mis manos, un *iceberg* contenido entre mi pecho mientras duermo.

Mi Norte es una brújula de nortes cuando a media noche me levanto y en el cielo hay un sextante que da rumbo.

Mi Norte es un pájaro sediento, un ave que me indica nueva tierra en cada viaje que emprendo hacia mí mismo.

Mi Norte es esta espera en la impaciencia, adormecida porque el sueño es un roedor de voluntades.

Mi Norte es otro norte que sueña conmigo en la Reserva, o entre un Cementerio y con un Lago.

Mi Norte es siempre una luna que convoco a media noche, una flor de cinco lunas como pétalos, una flor de cinco tórax cuando te hablo.

Mi Norte: las seis letras de tu nombre.

CACERÍAS

La mordida de una hembra es mortal desde los dientes; más si viene desde adentro y tiene hambre y sed, y busca a un macho desde lejos.

La mordida de una hembra es más mortal si llega sola y —amor entre los dientes— suelta el golpe sobre el macho.

La mordida de una hembra puede romper todos los huesos, pero nunca toca el corazón: la presa nunca muere.

La mordida de una hembra lleva marca, como si quisiera dejar en ella la razón de su existencia.

La mordida de una hembra es siempre en desproporción, matemática y perfecta.

La mordida de una hembra es completamente absurda: trescientas veces mayor que la mordida de cualquier hombre o que la mía.

La mordida de una hembra se da con fuertes maxilares —con *brackets*, si se puede— para sangrar toda una vida.

La mordida de un *Blanco* hembra es como la tuya: saber que estás aquí, que sigues viva y siempre dueles.

LIBRO DE JONÁS

... y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches.

Libro de Jonás, 2:1

I. JONÁS. CANTO

Quiero viajar. Huir. Que del camino sea mi carne.

II. JONÁS. DÍA PRIMERO

Sé que es de día porque en la noche el tiburón no traga peces, y se posa panzarriba, y su aleta caudal se queda quieta. Sé que es el día porque la paz del pez no es un desasosiego, ni un erizo circunda mi costilla.

Sé que es de día y duermo. Para dudar, queda la noche.

III. PRIMERA NOCHE DE JONÁS

Voy dentro de un pez como la noche. Mi noche es más oscura que la duda.

IV. JONÁS. DÍA SEGUNDO

En la distancia yo no soy. Yo soy él y él mi duda. En la distancia me lleno de preguntas, escojo bien mis celos, derrumbo el

entusiasmo. En la distancia el limo se me enfanga y aquellas negras algas se vuelven vomitivo. A la noche, cansada de esperarte, llega un sabor a sangre como un tremor de herida, y clavo diente y uñas en este *Blanco* tiburón mientras me escuezo. Sé que voy dentro de un pez hacia las redes. Sé que este amor por él es un cautivo por su sangre, es un cansada de esperarle, un erizo respirable..., un lento agusanar en cada noche.

V. SEGUNDA NOCHE DE JONÁS

Sé que voy en ti porque navegas con un rumbo definido sólo por el azar y la sorpresa. La noche es tan oscura porque sé que vas a nado y porque adentro me mareo. Llevar un pez adentro es como sacarse el corazón, quitarse una costilla, nadar a ras de fuego sobre lavas mar a fondo. Yo llevo un iracundo *Blanco* anes-
tesiado y él me lleva a mí en el profundo mar de sus entrañas.

VI. *IN MEDIAS RES*

Sé que voy en ti porque navego. Sé que voy en ti porque me dudas. Sé que voy en ti porque navego y porque no tengo corazón para pensarte, ni alveolos de aire a bocanadas para respirar más sangre, si en taquicardias yo me extiendo.

Sé que voy en ti porque navego. Sé que voy en ti porque me dudas. Tú, la duda. Mi duda: la reina toda de las madres.

VII. JONÁS. DÍA TERCERO

Arpón arriba, cartílago abierto, se me agota el aire en los pulmones. Amar es un señuelo para el duelo. El duelo, el paso anestesiado de la muerte. El cuerpo se me pudre por la noche; fermentan la rabia y los esputos de mi carne con el día. Ansiedad y sed y sólo la sal como un ungüento en mis costillas. Pienso el día. Es igual que la noche. Tan oscuro también como la duda.

VIII. TERCERA NOCHE DE JONÁS

Durante el día el pez no miente. Me adentro muy en él y sé que me ama. Su paciencia es la paciencia de un océano, un olear en grande a contrarroca y marejada. Durante el día el pez no miente. Sus sales no hacen daño y transpiro lenta la luz del arrecife, sus aguas tropicales, su sangre tibia que en las manos me acompaña. Vientre al aire, sé que voy dentro del pez y yo también soy otro pez muy dentro de éste. Un respirar sin ti, sin mí; sin mí y sin ti y un poco sin nosotros. Radio al pez, mi corazón palpita si me muerde. En toda noche oscura, latidos y pez son uno solo. Latidos al pez. ¿Me sientes?

COMBUSTIÓN INTERNA

I

Escondido en el rincón del sueño, entre el plancton y la flora intestinal, el pez parece un tubérculo vivo y en letargo. Entra en receso con los ojos apagados, pero no duerme: sólo sueña.

Cubierto de los ojos por membranas, vigila el espacio del subsuelo y se mantiene en letargo y levita a metro y medio entre las algas. Pero en el agua ésa es una metáfora gastada para definir el estado de un escualo cuando besa o después de los tequero. Rojo en combustión, este animal se quema para adentro, y —anafre interno, llama en vela— arde.

El pez,
en ese estado,
tiembla.

IV

La luna quiere del *Blanco* la simpleza.

Como si saltar o abrazarla desde el agua no fuera ya un suicidio.

Caer de tanto salto puede estallarle el corazón, partirse la columna.

Una vez el *Blanco* soñó que la abrazaba, que sentía en sus aletas a la luna. Pero era apenas un meteoro equivocado, un cometa prorrumpiendo por el cielo, una enorme piedra encendida en el espacio.

La luna quiere al *Blanco*, mas no su azul grisáceo de teleósteo.

Ella, enamorada en su reflejo —el *Blanco* no es más que una vanidad enamorada—, asume que el pecho del escualo es su guía por la noche que le permite cruzar el mar a nado y nunca ahogarse.

Ella, enamorada, exige un *blanco* al *Blanco*; su corazón, su mar interno.

[α] DEFINICIONES (JASEMIN)

Huye, amado mío; [...] sobre las montañas de los aromas.

Cantares, 8:14

El jazmín es una flor de cinco pétalos, mi brújula perfecta si navego con un astro solar al Norte como rumbo. El jazmín es una flor enlunrada, un perfume que persigo cuando me pierdo y no hallo norte. Flor a cielo abierto —flor adentro—, por la noche es un pez blanco y grisáceo, con el pecho a sal ardiente, a sal de fuego; una flor lunar con pez adentro, pero oscura.

[γ] PASIÓN ADENTRO (GESSAMÍ)

El jazmín crece por los muros de mi casa. Es una enredadera que cubre mis paredes, una nube blanca si florece en el verano, un perfume fresco cuando me ama desde el fondo y justo al Norte. Lo aspiro y alumbra por mi boca como un polen florecido, y echa raíces por mi cuerpo, y crece como un árbol por mi olfato, y muerde muy adentro como un escualo enamorado, y como un cráter magma que a solas me revienta en la lengua por las noches. Así crece..., y se vuelve germen, y echa raíces y tallo, tegumento, hoja seca, una flor de tiempo por la vida. Flor al pecho, lo aspiro cierto. Y tú..., ¿lo hueles?

[ζ] SAVIA (GESMIR)

La savia del jazmín tiñe de sangre porque es oscura en el pecio-
lo, una ortiga que remueve cada astilla en vena cava. La savia
del jazmín es un sol blanco, una luna que se aceda en el tórax de
mi sangre, un veneno entre la lengua si me muerde. La savia del
jazmín: los fragmentos del cuerpo cuando me dices: “en tu au-
sencia yo me quiebro”, “no me sueltes, que me muero”. La savia
del jazmín, la noche más ardiente de mi sangre.

[θ] NAVEGACIONES (ACEMÍN)

La erosión es un mar que navega por mi piel. La flor, este silencio vegetal que me salta y rompe madrugadas. Su corola de lunas acezantes desprende cinco peces *Carcharodon carcharias* nacidos del peciolo, y fija sus mandíbulas en su olor, y vierte su conquista en la sustancia que anida entre sus hojas, y envienea todo olfato, y confía en su perfume como en el ámbar gris de la ballena.

En su jardín antiguo, en el cuadro o en el florero, esta flor se sabe etérea. No por flor, sino por el polen sietemares que deja al pez nadando en las estrellas.

ÚLTIMO JARDÍN. FLOR DE LOT

Seco el jardín, es esa sangre tuya que huele como el polvo.

Seco el jardín, es este polen lunar brillante en el rocío de la
mañana.

Seco el jardín, se vuelve un fósil de selacio entre la salamar y
la salocéano.

Seco el jardín, es polen lunar brillante en el rocío de las hojas.

Seco el jardín, estatua de sal, el pez mira hacia arriba.

Seco el jardín, estatua de sal, el pez.

Seco el jardín, estatua de sal.

Seco el jardín.

Estatua.

CANTAR DE CIEGO

El delfín canta. Dicen que es un heredero de sirenas y puede matar a un tiburón con su llamado.

El delfín puede —el delfín hembra— abrirle el cuerpo y separarle sus dos sangres (la propia y la del amor: la envenenada), y hacerle una sangría al estilo la Edad Media (o una cirugía de corazón, con todo y anestesia, quirófano, escalpelo) a pecho abierto, y dejarlo como nuevo, latiendo a ciento veinte por minuto, listo para amar (matar el corazón de nuevo, en una arritmia loca y sin descanso) y abandonarse a nuevas llagas en la sangre.

El delfín puede —el delfín hembra— salvarlo, si ella quiere, de su sangre; atarlo nuevamente a su molécula enfermiza y llevarle un coctel de vitaminas, en un amor infinito e irremediable, y cuidarlo —como siempre— a aleta y canto, a música y tormenta.

El delfín puede —el delfín hembra— camuflarse por la noche en luna llena, y bajar hasta su alcoba, y cambiarle las vendas de la herida mientras canta. No es un sueño aquello de ser luna o de ser hembra en un delfín. Tampoco confundirle con sirena. El canto es, en sí mismo, una música sedienta.

ELEGÍA DEL PEZ

El *Blanco* es blanco por la vida
y no por la mordida que guarda entre los dientes
de trescientos kilogramos de peso cuando avanza.
Sal en la piel,
no permite que penetre por sus venas, ni se adentre en sus
tejidos,
ni que lo maten a mansalva,
ni siquiera juega a verse desde lejos,
ni mira el reloj exacto del sol por el poniente,
ni se permite el alto oleaje del mar enfurecido en la tormenta.
El *Blanco* austral busca en el Norte
con su aleta dorsal amenazante
las costas de bañistas pataleando.
Se acerca y juguetea como quien canta a los erizos,
y busca el malecón y el aire fresco de la playa
que no se encuentra fácilmente mar adentro.
El *Blanco* quiere pies para sentarse,
cruzarse las aletas si se puede
y contemplar el mar desde la tierra.
El *Blanco* quisiera saltar como el delfín frente a la costa,
disentir del hierro amenazante del arpón

y del aullido en corro de bañistas.

Pero es un sueño.

Apenas se ve al *Blanco*, suenan las sirenas,

y el mar se revuelca entre las algas,

en una loca rabia que incendia sus aullidos.

Pero el *Blanco* nada tibio, lento, adormecido,

con el corazón hambriento —y no es de hambre—,

con la ira al aire —y no es venganza—.

El *Blanco* quiere que el mar llegue a su otra casa:

un jazmín selacio luna llena,

y buscar un abril de marzo, *blanco* hembra,

y llevarle una camisa azul a rayas.

Al *Blanco* le dijeron que el Norte era en el Lago,

y que en el Norte todo el “no te creo” se nos congela.

Y quiere darle a ese otro *blanco*

—al *blanco* hembra—

un poco del calor que a él lo hiela

y el *iceberg* más preciso que lo abraza.

Pero este *Blanco*

es apenas un pez inofensivo,

un sietemetros con máscara de lumbre,

una sombra refractada por el agua,

y unos dientes tragapiedras que se angustian

porque no hay mar más allá del malecón, ni entre los muelles.

El pez es un *Blanco* sietemares, un teleósteo corazón azul
grisáceo,
un implacable Poseidón de los Regresos.

Índice

7 Prólogo, *Eduardo Langagne*

De Las otras caras del rostro (1998)

17 Mano 

19 Tres líneas para Edipo

21 Ausencia de los días

22 Maltiempo

24 Hay días 

De Pasión de caza (2003)

31 Para decir tu nombre

32 El toro de Dante 

34 El hilo de la fábula

35 La casa de Asterión

36 Delación de Ariadna 

39 Juramentos de Ariadna 

41 Teseo dormido

43 Ruegos de Ariadna 

- 44 Imagen de Asterión 🔊
- 45 Teseo en la playa 🔊
- 46 Teseo
- 48 Asterión 🔊
- 50 Teseo en la playa 🔊
- 51 Asterión
- 53 Teseo. Cartas de navegación
- 54 Teseo. Cuarto de mapas
- 55 Teseo
- 57 Asterión. Cartas de navegación
- 58 Asterión. Cartas de navegación 🔊
- 59 Ariadna 🔊
- 61 Cartas de navegación. Última noche
- 62 Ariadna en la playa 🔊
- 64 Dédalo y el laberinto. Versión de los poetas
- 66 Creta. Playa San Luis
- 67 Epitafio 🔊
- 69 Los juegos de Asterión I (Jardín del Sueño)
- 71 La rosa de Asterión
- 72 Laberinto
- 73 La educación de Asterión I (Primeras letras)
- 74 La educación de Asterión II (Asterión se aplica en la gramática)

De *Nostalgia de Troya* (2003)

- 77 Límites 
- 78 Nostalgia de Troya
- 81 Deslíos 
- 83 Pausas 

De *Mar adentro* (2012)

- 89 I 
- 90 Telemaquia I 
- 91 II
- 92 Telemaquia II
- 93 III 
- 94 Telemaquia III 
- 95 Rapsoda
- 96 Telemaquia IV
- 97 Telemaquia V 
- 98 Telemaquia VI 
- 99 Telemaquia VII
- 100 Aeda
- 101 Mar adentro
- 102 *He visto correr la sangre...*
- 102 Mascarón de proa. Año XX
- 103 Uno es la guerra...
- 104 *Nos hierve la sangre...*
- 104 Mascarón de proa. Año XIX

- 106 Hay otra guerra en casa...
- 107 *Llegó una tarde...*
- 107 Mascarón de proa. Año XVIII
- 109 Flechas...
- 110 *Otra era su sangre...*
- 110 Mascarón de proa. Año XVII
- 112 Toda la sangre que habita un cuerpo...
- 113 *Qué es el amor...*
- 113 Mascarón de proa. Año XVI
- 115 Nadie a las once...
- 116 Otro cuerpo de mujer es el mar...
- 117 *Debes morir...*
- 117 Mascarón de proa. Año XV
- 118 Ya en la ciudad...
- 119 *Huele a sangre...*
- 119 Mascarón de proa. Año XIV
- 120 *Él, Antínoo, se llena de dolor...*
- 121 *Sin más, llega la noche...*
- 122 Hay un olor extraño...
- 123 *Ayer, mientras hacíamos el amor...*
- 124 *Hoy volverá a la cama...*
- 124 Mascarón de proa. Año XIII
- 126 Murmullos...
- 127 *Hoy sé que vendrás...*
- 127 Mascarón de proa. Año XII

- 128 Debo esperar unos días...
- 129 *Él perfora mis muslos...*
- 129 Mascarón de proa. Año XI
- 130 *Él, Antínoo, sacia su boca...*
- 131 Cuatro textos familiares
- 131 Voy a hablar de la esperanza

De *Cacerías* (2011)

- 141 Primera inmersión 
- 143 Playa sur
- 144 Litoral de los latidos. Invierno
- 145 Océano mar 
- 146 Litoral de los latidos. Primera glaciación 
- 147 Océano mar. Post mórtem
- 148 Epistolario 
- 151 Brújula y sextante
- 152 Cacerías
- 153 Libro de Jonás
- 156 Combustión interna
- 158 [α] Definiciones (jasemin)
- 159 [γ] Pasión adentro (gessamí)
- 160 [ζ] Savia (gesmir)
- 161 [θ] Navegaciones (acemín)
- 162 Último jardín. Flor de Lot

163 Cantar de ciego

164 Elegía del pez

caza de sciervo

Antología personal (1998-2012)

de Oliverio Arreola, se terminó de imprimir en julio de 2015, en los talleres gráficos de Impresos Vacha, S.A. de C.V., ubicados en Juan Hernández y Dávalos núm 47, colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, México, D.F., C.P. 06880. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan

Carlos Cué. Formación,

portada y supervisión

en imprenta: Claudia

Piña Juárez. Cuidado

de la edición: Elisena

Ménez Sánchez y el

autor. Editor respon-

sable: Félix Suárez.



